

Acumulación, conflictos sociales y políticas de Estado en América Latina en las últimas décadas. Cambios y rupturas en el escenario regional

Guido Galafassi¹

Resumen

El objetivo de este artículo es analizar dialécticamente la correlación entre conflictos sociales y modos de desarrollo-acumulación económico-políticos. Se sostiene que las trasmutaciones económico-políticas que se han producido hacia fines de los años '70 y todo los '80 con la instauración del modelo neoliberal-posmoderno, han reconfigurado las formas relacionales de los conflictos y los procesos de movilización social. Para analizar la realidad socio-histórica latinoamericana en las últimas décadas se nos impone como tarea preliminar interrogarnos sobre los "cambios" y/o "rupturas" en el escenario regional, en correspondencia a la trama de fuerzas y componentes sociales que se articulan en el proceso relacional Neoliberalismo/conflicto/movimientos sociales sin dejar de problematizar las transformaciones en las formas y la actuación del Estado respecto de etapas anteriores.

Palabras clave: modos de acumulación, conflictos sociales, Políticas de Estado

Abstract

The objective of this article is to analyze the relationship between social conflicts, the models of accumulation and the State policies in Latin America in recent decades. It is considered that the neo-liberal policies have transformed the patterns of social conflicts appearing a greater diversity of actors and the fragmentation of the demands and protests.

Key words: social conflicts, model of accumulation, State policies

¹ CONICET y Universidad Nacional de Quilmes, Argentina

A modo de Introducción:

Partiendo del principio general de que los conflictos se relacionan dialéctica e históricamente con los modos de acumulación, se sostiene que las trasmutaciones económico-políticas que se han producido hacia fines de los años '70 y todo los '80 con la instauración del modelo neoliberal-posmoderno, han reconfigurado las formas relacionales de los conflictos y los procesos de movilización social. Para analizar la realidad socio-histórica latinoamericana en las últimas décadas se nos impone como tarea preliminar interrogarnos sobre los "cambios" y/o "rupturas" en el escenario regional, en correspondencia a la trama de fuerzas y componentes sociales que se articulan en el proceso relacional Neoliberalismo/conflicto/movimientos sociales sin dejar de problematizar las transformaciones en las formas, la compasión y la actuación del Estado respecto de etapas anteriores. Esto implicara analizar críticamente la dimensión dialéctica y relacional de su existencia, estructurada en un marco de relaciones dinámicas, contradictorias y en constante tensión.

El conflicto social en las últimas décadas (en relación a la diversificación de elementos identitarios e imaginarios colectivos), engloba un proceso de re-emergencia y transformación de las relaciones clásicas de protesta y movilización. A partir de los años '80 y la emergencia de gobiernos neoliberales, se produce un crecimiento de la pobreza y la marginalidad junto a nuevas formas de coerción social que harán en muchos casos que se modifiquen las formas de gestionar las demandas de los sectores populares. Emerge una tipología de conflictos diversos junto a la aparición de "renovados sujetos sociales" participes de esos conflictos y de los numerosos procesos de movilización social.

Este escrito entonces tendrá como propuesta, el analizar el tipo de conflictividad social que emerge en los años '80-'90 y '2000 en relación a los cambios producidos tanto en el modo de acumulación como en la configuración y actuación del Estado así como en los imaginarios sociales.

El nuevo patrón de acumulación surgido a partir de mediados y fines de los años setenta y consolidado en los '80-'90 junto a la crisis de los paradigmas de cambio social clásicos de la primera mitad del siglo XX (sustentados en la liberación social, la revolución y el socialismo) y la aparición de entramados culturales que ponen en entredicho ciertos valores de la modernidad engalanando, como se dijo, al individualismo como principio rector; condicionaron y definieron dialécticamente la emergencia de una tipología de conflictos sociales que se caracterizan por una relativa mutación tanto en sus formas como en los sujetos que la protagonizan.

De un explícito rechazo al proceso capitalista de modernización de los años '60 y '70 pasamos en la actualidad a una dilución y desdibujamiento de esta clara disyuntiva política, apareciendo una mayor diversidad de sujetos colectivos y movimientos sociales y de procesos de movilización popular en donde lo que se cuestiona es más la variante neoliberal e individualista del capitalismo que el capitalismo mismo. El acceso al poder y al Estado por parte de estos movimientos sociales -como en los casos de Venezuela, Ecuador y Bolivia- interrumpiendo décadas de política neoliberal, representan el ejemplo más claro de esta tendencia. La democracia representativa y popular es vista como la vía para el cambio (ya no la revolución), cambio que consiste en intentar construir reglas básicas de justicia social dentro de un marco del llamado "socialismo del siglo XXI" que no necesariamente remite a los imaginarios clásicos del siglo XX.

Años de protesta y rebelión: entre la liberación y la revolución social

Si la Revolución Rusa primero (con sus antecedentes la Comuna de París y los movimientos sociales de fines del siglo decimonónico) y la China después fueron los momentos culminantes de un proceso creciente de rebelión anticapitalista y tuvieron como objetivo la construcción de una sociedad socialista basadas teóricamente en los principios marxistas, de los años '60 se desprende toda una serie diversa de revueltas, rebeliones y revoluciones que

asumieron diferentes perfiles, dados tanto por el contexto regional propio como por el intento de superar los estancamientos, fracasos, traiciones y defraudaciones del devenir de las dos grandes revoluciones antes mencionadas. Es obvio que todo un debate teórico² e ideológico acompañó a estos procesos, y en parte la noción de razón instrumental en tanto imperativo que asume los fines dados de la dominación y manipulación racional del mundo, también fue puesta en el banquillo de los acusados. *¿Hasta que punto era segura aquella vida en el pensamiento de los que la vivían?* El romanticismo y el idealismo representativo de la juventud de aquellos años dejan de manifiesto que la opinión pública general buscaba evadirse, “escapar de la hipocresía” y la rigidez de las estructuras sociales impuestas por la racionalidad moderna.

Respecto a los procesos de producción de conocimiento, se advierte que tomaron un giro paulatino hacia posiciones menos críticas luego de desarrollarse en los años ´70 un importante proceso de radicalización de las ideas hacia posiciones cercanas al marxismo y ser las nociones de liberación un faro fuerte en buena parte de la academia. En las universidades y las instituciones científicas, la ciencia pragmática (llamada científicismo en los años ´70) se apoderó de toda justificación y producción de conocimiento, orientándose fundamentalmente hacia fines prácticos y dedicándose primordialmente a formar mano de obra especializada según las necesidades del mercado. Olvidó así su pensar crítico adaptándose a las premisas de la sociedad neoliberal del “fin de la historia y las ideologías”. La especialización disciplinaria retomó el camino, afianzando firmemente su posición y la

² La crítica frankfurtiana apunta al problema más radical de la sociedad industrial/burguesa/capitalista; ya que esta representa el modelo paradigmático de una sociedad opresiva, que se ha transformado en la única regla de juego para el ejercicio, ya imposible, de una humanidad integrada. Los teóricos de Frankfurt puntualizan en la necesidad de detener este modelo, antes de que aniquile el último rincón en el que aun se refugia la conciencia propia de la humanidad. En la *Critica de la Razón Instrumental*, Horkheimer se cuestiona por el origen, el punto fundacional que hace que este sistema exista; se pregunta por el modelo paradigmático de racionalidad que sostiene a la sociedad moderna. *Para más información ver o véase:* Galafassi, Guido (2002). “La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la Modernidad” en *Contribuciones desde Coatepec*. Enero-junio número 002, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca. Pp 4-21; Horkheimer, Max (1969). “Crítica de la Razón Instrumental”, Buenos Aires, Sur; Adorno, Theodor; Horkheimer, Max (2013) “Dialéctica del Iluminismo”, Caronte-Ensayo, Buenos Aires.

interdisciplinariedad y la multiplicidad integrada y dialéctica de miradas quedó abiertamente en el recuerdo.

A pesar de las teorías que desde el norte fueron fortaleciendo ciertas categorías e interpretaciones basadas en el individualismo metodológico y la acción colectiva³, y que desplazaban de la escena la lucha de clases y con ello el proceso de explotación; todas las series diversas de revueltas –definidas en base a los llamados “nuevos movimientos sociales”- sucedidas en Europa, Japón, EEUU, México y el resto de América Latina y el mundo en los años sesenta muy lejos estaban del supuesto carácter restringido que implica un mero “interés individualista” o una simple “búsqueda de identidad”. En el Mayo Francés, icono emblemático de estas revueltas, así como en muchas otras, el imaginario de un cambio radical guiaba las protestas, más allá que estas hubieran surgido por problemáticas puntuales del sistema identificado como “alienante”. Lo que predominaba en todas estas rebeliones era un profundo pero integral anti status quo (dado que no solo se reducía a denunciar la opresión económica sino la alienación en todos los planos de la vida social) pero también una crítica profunda a la burocratización de las izquierdas, que en el poder (ya sea sindical, como de gobierno) habían negociado un pacto de coexistencia pacífica con el liberalismo. El ecologismo, pacifismo y feminismo posterior, si bien es cierto dejaron parcialmente de lado las visiones y reivindicaciones explícitamente clasistas, apuntaban sin embargo a contradicciones inherentes a las sociedades patriarcales y productivistas de mercado, así como a los regímenes también industrialistas pero de economía centralizada autodefinidos como socialistas. Por su parte, el movimiento contracultural y el hippismo, desde una mirada más basada en las “sensaciones” que en la reflexión racional (característica de la modernidad) cuestionaba hasta los pilares más profundos de la sociedad industrial, basada en el conocimiento científico, el materialismo productivista, la lógica de la competencia individual y la disputa por el poder centralizado. En síntesis, lo que se estaba poniendo en duda era la supuesta “libertad” de las sociedades capitalistas y la supuesta “igualdad” de las sociedades de Europa del Este,

³ Cfr. Coser, 1970

autodefinidas como socialistas. La alienación en su sentido más profundo e integral y en sus diversas manifestaciones constituía el principal argumento de las denuncias y las protestas; y la superación de estas sociedades alienantes era el objetivo que motorizaba a los distintos procesos de movilización.

América Latina, que al igual que Europa mantenía una larga tradición de conflictividad social y política, renueva su potencialidad de desvanecimiento de lo estatuido fiel a su historia en tanto región en constante contradicción. Haciéndose eco de la dinámica de conflictos de los países centrales y su discusión entre capitalismo y las diversas corrientes de interpretación del marxismo, propone al mismo tiempo toda una serie de revueltas propias, asentadas en su particularidad histórica en tanto complejo entramado de acumulación agrario-industrial, con sus sujetos sociales y culturas asociadas. Se ponían cada vez más en jaque no sólo la dominación interna, sino la relación de dominación imperial histórica a la que se veía sometida. La Revolución Cubana y toda la compleja dinámica guerrillera de la época junto a las movilizaciones estudiantiles, campesinas, obreras y toda una propuesta de renovación en el arte, son solo ejemplos más que evidentes de estos procesos dialécticos.

Diferentes y muy variados procesos que provenían de largas luchas por la descolonización económica y política caracterizaban aquellos años en América Latina. El objetivo era la liberación –nacional y social- frente a lo que se identificaba como “imperialismo” definido como una aceitada maquinaria de dominación y explotación social orientada por los capitales multinacionales, y en donde los Estados Unidos de Norteamérica tenían un papel clave. La Revolución Cubana como se dijo, signó definitivamente todos los procesos de movilización, protestas, revueltas y rebeliones desde los inicios mismos de los años sesenta. La lucha armada, las guerrillas, las movilizaciones de masa, la alianza, no sin contradicciones y fricciones, entre campesinos, obreros y estudiantes constituían la clave de un proceso que se veía casi irreversible y que expresaba la lucha por la “liberación nacional y social de los pueblos latinoamericanos”, tal la identificación de la época. El marxismo en sus diversas

variantes y combinaciones era el marco teórico dominante, quedando muy lejos la discusión individualista sobre nuevos movimientos sociales y acción colectiva planteada en los países centrales.

En el territorio latinoamericano se cruzan, a lo largo de todo su historia, los debates entre desarrollo y subdesarrollo; dependencia y liberación; indigenismo y occidentalismo; imperialismo y nacionalismo, industrialismo y producción agraria; y obviamente entre capitalismo y socialismo. América Latina fue y sigue siendo un campo de disputa entre los bloques dominantes que intentan imponer modelos de apropiación de recursos naturales y humanos configurando modos de acumulación regionales, y clases subalternas que intentan resistir logrando en algunos casos torcer el rumbo. La rica y compleja diversidad cultural y política se entrecruza permanentemente con este esquema dialéctico otorgándole a cada situación histórica tendencias diferenciales que mal nos pueden llevar a hablar de procesos equivalentes y homogéneos más allá de ciertas determinaciones básicas conjuntas. Si la revolución mexicana fue una lucha antioligárquica en donde se superponían clases burguesas y movimientos subalternos de base campesina en pos de un proyecto modernizador para los primeros y liberador para los segundos; la revolución boliviana de 1952 fue un movimiento insurreccional fuertemente obrero imbuido de ideales bolcheviques en una extraña paradoja de un país básica y fuertemente campesino e indígena; que resultó finalmente en un proyecto reformista que se deshizo del componente proletario primero para corromperse luego (durante el neoliberalismo). Resurge, finalmente en nuestros días con la emergencia insurreccional del componente mayoritario campesino-indígena, esos que tuvieron una escasa presencia en las luchas de mediados de los '50. La revolución cubana por su parte, además de sus cualidades que desandan todos los esquemas rígidos, inauguró por su parte toda una década de fuerte rebelión (no sólo política, sino teórica y cultural) en toda América Latina que necesitó finalmente de sangrientas dictaduras para imponer modelos de individualismo extremo, destruyendo redes y solidaridades históricas en el marco de modelos socioeconómicos y políticos neoliberales e ideológico-culturales neoconservadores. Lo que siempre estuvo en juego fue

un modo de acumulación concentrada y explotadora, que conjuga reproducción ampliada y acumulación originaria liderados durante décadas por la doctrina del desarrollo y la modernización (más allá del tinte más conservador-liberal o más popular-reformista de los gobiernos de turno) contra diversas estrategias de liberación y construcción de modos alternativos. Proceso complejo que fue variando a lo largo del tiempo y el espacio no sólo gracias al momento histórico y el paradigma liberador vigente sino además gracias a la estructura social y política, a la construcción cultural ideológica y a la lectura que ésta haga de la primera según las características de las clases involucradas en los procesos de conflicto.

Del Neoliberalismo a la Democracia popular y Buen Vivir. Algunas consideraciones socio-históricas

Luego de un duro y muy feroz ciclo de dictaduras y gobiernos conservadores que en los años '70 y '80 se encargaron de poner orden generando la transición hacia un nuevo modo de acumulación asentado en la reprimarización y la valorización financiera, toda América Latina se fue enfrentando gradualmente a un proceso de decaimiento del fervor más radical de cambio social e ideológico, quedando solo algunas experiencias de liberación, como la continuación de la guerrilla en El Salvador hasta entrado los años '90, el conflicto armado en Colombia y la culminación del proceso rebelde en Nicaragua que finalmente logró su cometido derrocando la dictadura títere de Somoza e instaurando una experiencia que se diferencia de toda revolución anterior. Desde sus orígenes el objetivo apuntaba a la "liberación nacional" más que a la construcción de alguna variante de socialismo. Esto incluía un plan de desarrollo económico y social a partir de la puesta en marcha de un aparato productivo en donde el Estado dictaba el camino en una estructura económica en donde la burguesía conservaba parte de su poder económico y político. La premisa fundamental fue integrar el total de la población a la satisfacción de las necesidades básicas, por largas décadas excluida, intentando zanjar a su vez la abismal brecha entre ricos y pobres. Además del grave y permanente ataque de la contrarrevolución apoyada firmemente desde fuera por los Estados

Unidos y desde dentro por los sectores burgueses, el proceso sandinista no pudo dar cuenta de las contradicciones que generaba estar a medio camino al dejar intactos en términos de capacidad de operación a las clases sociales que manejaban la economía y al ser también incapaces de enfrentar las diversas controversias que generaban la presencia de pueblos originarios portadores de una cultura diferente. Solo fueron cumpliendo parcialmente algunos de sus objetivos para finalmente tener que dejar el poder cuando en el juego de la democracia representativa perdieron la elección a manos del partido que representaba justamente los intereses de la burguesía.

Mientras en Nicaragua y El Salvador los movimientos guerrilleros muñidos de alguna estrategia de cambio social daban sus últimas batallas, en el resto del subcontinente y al compás de las “revoluciones” neoconservadoras de Ronald Reagan y Margaret Tachter, el llamado modelo neoliberal (o neoconservador) se iba imponiendo a través de un complejo juego de coerción y consenso, de tal manera que para los años ´90 la mayoría de la población clamaba por las recetas de liberalización de la economía y abandono de toda práctica “estatista”.

Hay acuerdo respecto a que los preludios del neoliberalismo – en el marco de la coyuntura mundial- los podemos encontrar en el proceso político-económico gestado en Gran Bretaña en los años ´80 como epílogo de la larga crisis del modelo socialdemócrata europeo representado en este caso por el histórico laborismo. Las medidas del gobierno conservador de Margaret Thatcher han traído aparejada concepciones ideológicas (cuyas matrices teóricas) se materializarían en los primeros ensayos latinoamericanos. La contracción de la emisión monetaria, la elevación de las tasas de interés, el descenso de los controles sobre los flujos financieros han devenido en el lógico crecimiento del desempleo, que se tornó masivo. El intento de Ronald Reagan presentó matices un tanto diferentes: medidas de fuerte tendencia neoliberal se implementarían en nombre de la competencia (militar y económica) con la URSS en el marco de la Guerra Fría. Toda instrumentación económica sería válida si constituía un mecanismo para quebrar de forma definitiva la economía

soviética. Las revoluciones conservadoras han significado un severo disciplinamiento fiscal en favor de los sectores concentrados y portadores del poder político-económico.

América Latina representó una suerte de escenario experimental en el proceso de instauración de regímenes neoliberales. Las primeras experiencias del modelo neoliberal ha sido aplicadas por el gobierno dictatorial chileno, (a partir de 1973); el cual se caracterizó por una férrea ortodoxia y adscripción a los postulados liberales. Esto se tradujo en una extrema liberalización de las importaciones, reformas estructurales del sistema financiero y apertura comercial hacia el exterior. Estas políticas recesivas han devenido en la elevación del índice del desempleo, disminución de los salarios, cierre de empresas estatales etc. El neoliberalismo chileno se adelantaría una década a las medidas que, de forma ulterior, implementarían los teóricos de la “Revolución conservadora”. Un ensayo posterior se puede identificar en el intento democrático boliviano (gobierno de Víctor Paz Estenssoro) quien a mediados de la década del 80 implementó reformas en funciones claves del Estado, con el fin (desde el punto de vista discursivo) de controlar la hiperinflación. El elemento que representa una variante en este doble proceso comparativo, radica en que el modelo boliviano no constituía un sistema dictatorial sino uno de los primeros ensayos de instauración de gobiernos democráticos, pero con un claro tinte conservador. Estos dos modelos representan el mojón histórico, el origen y punto de partida para la cristalización de gobiernos netamente aperturistas cuyos modelos mas representativos se pueden identificar en la presidencia de Salinas, Mexico (1988); Carlos Menem, Argentina (1989) y Carlos Andrés Pérez (1990)

La implementación del neoliberalismo en América Latina vino de la mano con importantes cambios en el modo de acumulación, echando definitivamente por tierra la etapa sustitutiva de importaciones y reimplantando al subcontinente, básicamente como un oferente de recursos naturales en donde nuevos o renovados capitales pasaron a hegemonizar el proceso de transformación. La hegemonía económica implica necesariamente

una *dimensión organizacional*. No hay producción de hegemonía sin desarrollo de instituciones o aparatos que permitan la práctica y estructuración de dominación económica. No obstante, los clásicos parámetros de dominación económica y sociopolítica se presentaron más difusos, de manera tal que los sujetos colectivos y su accionar, en el marco de los conflictos sociales del continente, adquieran un sinnúmero de particularidades. En la extensa y compleja historia latinoamericana hemos observado que el monopolio de la coerción ha respondido a la necesidad de mantener un orden social (siempre respaldado por cierto grado de consenso) que pivoteo siempre entre gobiernos democráticos (vigilados) y dictaduras militares. Sin embargo, los ensayos democráticos que siguen a los gobiernos dictatoriales, además de lograr una continuidad inusitada (salvo algún caso puntual como el de Venezuela o Paraguay que igualmente sufrieron golpes “civiles”) radicalizarían la función de dominación-hegemonía vía el consenso, sin nunca obviamente desatender los útiles mecanismos de la coerción que quedaron fundamentalmente reservados a través del uso de fuerzas policiales-militares para la represión de conflictos y protestas focalizadas.

Para el paradigma neoliberal, la tarea democrática se convertía en un objetivo central contra un Estado autoritario, apoyado sobre todo en una "burguesía de Estado" que sustentaba el carácter corporativo y autoritario del mismo. Muy lejos de las tesis dependentistas que postulaban que los enemigos de la democracia fueron históricamente el capital internacional y su política monopolista y expropiadora de los recursos generados en los propios países latinoamericanos, el credo neoliberal ponía el acento en la lucha contra el corporativismo y su ligazón con una burguesía burocrática conservadora que, entre otras cosas, limitó la capacidad de negociación internacional de los países en el nuevo contexto de acelerado avance tecnológico y nueva división internacional del trabajo que se esbozó a partir de la década de 1970.

El consenso internacional y especialmente el apoyo de los Estados Unidos a estas políticas garantizaron una estabilidad democrática nunca antes vista en Latinoamérica que perdura hasta nuestros días. Vastos movimientos

de capital financiero vieron en América Latina su oportunidad y brindaron por algunos años la ilusión de una estabilidad y crecimiento económicos, caracterizado por: monedas fuertes (principio quebrado en México a finales de 1994); estabilidad monetaria preservada en una coyuntura mundial deflacionaria; y estabilidad fiscal obtenida a través de la privatización de las empresas públicas y el recorte de gastos estatales, pero amenazada por el aumento de la emisión de bonos de deuda pública, pagados con intereses cada vez más altos que terminaron por generar déficits públicos aun superiores a los existentes a inicios de la década de 1990.

Si bien neoliberalismo iba de la mano con un régimen político liberal-democrático, es necesario resaltar que hubo situaciones de excepción, como el caso de Perú, donde Fujimori implantó un régimen de excepción que fue tolerado por las nacientes democracias de la región. En Chile, la oposición regresó a la vida política y al gobierno a través de un difícil compromiso con la preservación de instituciones dictatoriales, entre ellas la senaduría vitalicia de Pinochet.

Pero surgieron ciertas resistencias al proyecto neoliberal, todos ellos ligados a la existencia de un Estado nacional fuerte y de un desarrollo económico de base nacional significativa. Los trabajadores industriales y de servicio se colocaron, sin embargo, en el centro de la resistencia. Todos estos sectores tienen un papel ínfimo en el proyecto neoliberal, y algunos de ellos se tornaron inútiles. Hubo también tentativas de rebelión en el seno de las fuerzas armadas argentinas y venezolanas, entre 1990 y 1993, aunque de signo radicalmente distinto. Hubo, además, el surgimiento de nuevos movimientos guerrilleros, entre los cuales se destaca esta nueva forma de política insurreccional que es el Ejército Zapatista, en México. Es importante también considerar la sobrevivencia y el fortalecimiento de las fuerzas insurreccionales en Colombia, donde la crisis del Estado se hace cada vez más aguda.

Una mirada comparativa en la Historia reciente de América Latina nos permite establecer que las transiciones democráticas de las distintas republicas

latinoamericanas no han sido sinónimo de estabilidad. La institucionalización de las elecciones constituye un episodio mínimo y limitado a la hora de establecer un análisis estructural de la mediana o larga duración. Si bien en los períodos democráticos los enfrentamientos violentos y los procesos de represión suelen disminuir relativamente, en términos socio-históricos y en el recorte especificado, proliferan múltiples conflictividades sociales, comportamientos, actitudes, manifestaciones y expectativas disímiles y heterogéneas. En esta línea, es importante destacar que los procesos dictatoriales establecieron sólidas bases en el proceso de adecuación y preparación del escenario para la instauración de un *nuevo patrón de acumulación* que claramente se consolidó en los períodos democráticos posteriores. Basado en la liberalización de la economía, sus parámetros direccionales se establecieron a partir del Consenso de Washington. El Estado, remodela su papel, transformándose en un garante del *laissez faire*; garantizando la apertura de los mercados nacionales y la libre entrada del capital externo para aprovechar los nichos temporales de mayor rentabilidad. Las democracias neoliberales, desde su génesis, constituyen un proceso histórico harto complejo. La democracia constituye un régimen político cimentado en una estructura histórica cuyas bases se articulan en mecanismos que oscilan entre la dominación y la hegemonía, entre la coerción y el consenso. En este sentido, el conflicto social es doblemente reivindicativo y expresivo, ya que hunde en sus demandas, por un lado la complejidad dialéctica y profunda de la lucha de clases y por otro, criterios más inmediatos tales como la reivindicación de una mayor participación ciudadana, libertad, mayor distribución de la riqueza y cambios en las políticas de Estado.

El neoliberalismo hará que el *individualismo* extremo y la *competencia* elevada se reflejen en perspectiva múltiple; por un lado reconfigurando las pautas de valores y subjetividades culturales, propulsándose la cultura del materialismo/consumismo; y, por otro, redefiniendo el papel que debería ocupar Latinoamérica en el mundo, pues se limitaría a destacarse como oferente de recursos naturales, en el marco de ampliación de la brecha entre los países industrializados y los que (desde la construcción hegemónica de antaño) aspiraban a serlo.

En este contexto, resurgen nuevamente rebeliones al llegar el capitalismo neoliberal a sus límites estructurales. En los países centrales emergen, por ejemplo, los movimientos anti-globalización y diversas nuevas experiencias en América Latina, que incorporan nuevos sectores sociales y fracciones de clase, desafiando así a las teorías “obreristas” de años anteriores. Al quedar intactas las causas que generaban los procesos de liberación nacional y social, los conflictos permanecieron latentes y emergieron al comenzar la crisis del sistema neoliberal. Cada uno de estos fenómenos, reaparecen obviamente resignificados de acuerdo al tiempo y lugar en que les toca vivir; pero tanto el proceso de “transformación bolivariana” de Venezuela como la rebelión y toma de poder en Bolivia por parte de las clases sociales y las etnias más postergadas y explotadas, como el levantamiento del Zapatismo Chiapaneco, las protestas y toma del poder en Ecuador, las revueltas en Oaxaca, o la revuelta en Argentina del 2001, así como el más antiguo proceso del MST en Brasil, guardan una serie de correlaciones históricas fuertes y evidentes – a pesar de sus también novedades- que solo pueden ser vistas prestando atención al proceso de la totalidad dialéctica de la realidad latinoamericana en tanto periferia subdesarrollada funcional al proceso histórico de globalización⁴. Si el proceso venezolano se presenta como el más “tradicional”, por sus ejes y problemas, el zapatismo y la liberación boliviana, más el proceso ecuatoriano, en cambio introducen un elemento renovador que no estuvo fuertemente presente en los anteriores procesos de los años ´70, debido a la fuerte presencia de un componente indígena que, si bien siempre existió como sector doblemente oprimido y explotado, no había podido encontrar su lugar en los procesos revolucionarios filo-socialistas de años anteriores. La rebelión ya no se plantea como rebelión anticapitalista en la búsqueda del socialismo sino como una multiplicidad de dimensiones de búsqueda de mejoras en las condiciones de vida de los pueblos y en procesos de reconstrucción de la identidad cultural con el objetivo básico de superación del neoliberalismo.

⁴ Una aproximación más extensa a esta problemática puede encontrarse por ejemplo en: Gaudichaud, 2010 y Farah y Vasapollo, 2011.

América Latina en las últimas décadas: Democracia, Neoliberalismo y Rebelión

América Latina transita las últimas décadas a partir de múltiples contradicciones. Por un lado la salida de las dictaduras como herramienta de dominación vía la coerción directa, instala a la democracia representativa como estrategia de gestión política más compleja en donde entran en juego de manera más libre las diversas opciones políticas. Así, los mecanismos de dominación deben complejizarse y los procesos de construcción de hegemonía se hacen cada vez más intrincados. Pero sin lugar a dudas que la instalación cultural de los valores individualistas, competitivos y altamente consumistas del neoliberalismo llevan a las sociedades latinoamericanas hacia caminos claramente diferentes a los transitados en los años '60 y '70. El conflicto social por un lado se enriquece a partir de demandas que involucran cuestiones de identidad y ciudadanía y por otro pierde cierto carácter antisistémico estructural al dejar de lado las dimensiones más profundas del modelo de acumulación económica y dominación socio-política.

El neoliberalismo así reconfigura por un lado las pautas de valores y subjetividades culturales, propulsándose la cultura del materialismo/consumismo; y, por otro, redefine el papel que va a ocupar Latinoamérica en el mundo, destacándose nuevamente como oferente de recursos naturales, en un marco internacional en donde crece la brecha entre los países industrializados y los que décadas atrás se definían como subdesarrollados.

En un panorama más amplio, se puede establecer que todo el tercer mundo se reconvierte una vez más (luego de los fallidos intentos de industrialización y liberación nacional de los '50 y '60) en casi nada más que oferente de espacios y territorios rurales para la *extracción de hidrocarburos, minerales, biodiversidad y alimentos* bajo la clásica fórmula de la división internacional del trabajo, enunciada oficialmente como el aprovechamiento de

las oportunidades en base a las ventajas comparativas. Es así que se vienen definiendo toda una serie diversa de recursos estratégicos que se relacionan dialécticamente, por cuanto por un lado son aquellos que la dinámica global del capital define como recurso demandado en un momento histórico determinado y por otro como aquellos que las condiciones ecológicas regionales determinan como aptos para ser producidos o extraídos en cada lugar. El caucho, es un ejemplo histórico en la América Tropical. Más contemporáneo, la explotación de los hidrocarburos y de minerales no deja de generar conflictos socio-políticos y territoriales, donde entran en juego intereses geoestratégicos norteamericanos, capitales multinacionales de base europea y gobiernos con orientación popular-reformista⁵

El proceso creciente de sojización de América del Sur, que arrasó con ecosistemas, agrosistemas y culturas, se ha convertido no solo en la extracción de un recurso en base a su “oportunidad” en términos de su demanda por las naciones más industrializadas (alimento de ganado y biodiesel) sino que también en la aplicación de la tecnología más concentrada y asociada a fuertes niveles de dependencia. Alienación socio-ecológica e instrumentalización de la razón están en la base y las consecuencias de todos estos procesos.

En este marco estructural, es de importancia destacar los importantes *conflictos geopolíticos* derivados por la posesión de los yacimientos de gas y petróleo en las recientes historias de Venezuela y Bolivia⁶, más la llamada

⁵ Es de importancia mencionar algunos datos estadísticos. El 25% del crudo comercializado a nivel internacional en 2005 era comprado por EEUU, quien solo representaba el 9% de la producción mundial de petróleo. La Unión Europea importa el 80% del petróleo que consume y Japón compra al exterior casi el 100%. Entre las tres potencias producen solo el 12% del total a nivel mundial, aunque en su consumo se va el 50% del producido a nivel mundial e importan el 62% del comercio internacional (cfr., Beinstein, Jorge: “Estados Unidos en el centro de la crisis mundial”, en, *Enfoques Alternativos*, nº 27, Buenos Aires, noviembre de 2004). Más concretamente, vale lo dicho por el ahora presidente saliente de los EEUU: “...*America is now more dependent on foreign oil than a time in its history. In 1973, the country imported 36 percent of its oil needs. Today, the U.S. imports 56 percent of its crude oil (...)* The U.S. bill for foreign oil has more than doubled from last year...” (Bush, G.W.: *On The Issues Energy*, 4president.org, <http://www.4president.org/issues/bush2000/bush2000energy.htm> 2000)

⁶ cfr. Villegas Quiroga, Carlos: “Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos”, en *OSAL* nº12, pp. 27-34, 2003; Escobar de Pavón, Silvia: “Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social”, en *OSAL* nº 12, pp. 47-56, 2004; Lander, Edgardo: “Venezuela:

Guerra del Agua, también en Bolivia⁷, o las más recientes disputas en torno a la potencial energía hidroeléctrica de los ríos patagónicos, los cuales muestran de forma elocuente lo central de esta cuestión. En el ámbito rural, el modelo de “reprimarización económica y la explotación intensiva de los recursos naturales” afectaría de forma irreversible la vida de las comunidades rurales. Movimientos de resistencia y oposición se consolidarían frente a la ofensiva neoliberal-conservadora. Fundamentalmente, de base campesina e indígena. Se cita a modo de ejemplo: El establecimiento de comunidades autónomas en la selva de Lancadona (1994), el surgimiento del MTS [Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra] en Brasil (1985), el conflicto del agua en Cochabamba (2000), el movimiento campesino en Paraguay (década del 90) y/o las reivindicaciones de la CONAIE, (Confederación de las nacionalidades indígenas del Ecuador).

Es decir que con el advenimiento del neoliberalismo y su crisis y la disipación del clima revolucionario de décadas pasadas, se reconfigura la política latinoamericana con una gran y renovada diversidad de matices, cristalizando correlativamente la emergencia de activos y renovados sujetos sociales de la protesta que se han levantado contra multiplicidades de problemáticas derivadas de las políticas de desigualdad y exclusión: restitución y redistribución de las necesidades básicas, acceso a la vivienda, servicios, desempleo y políticas de inclusión. Los procesos de movilización social y las protestas redefinirán su forma organizativa, su forma de lucha, sus formas de movilizarse y relacionarse con el poder. En las últimas décadas aparecen como motivaciones dominantes de las protestas, las *necesidades defensivas* de la población frente a las consecuencias sociales de las políticas neoliberales. Emergen infinidad de actores sociales colectivos que canalizaran el creciente descontento popular, mellando en muchos caos gobiernos constitucionales, transformando la política latinoamericana. Así es como surge el llamado

proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales”, en *OSAL*, nº 13, pp. 57-66, 2004

⁷ Kruse, Thomas: “La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas”; en, Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

Guido Galafassi: *Acumulación, conflictos sociales y políticas de Estado en América Latina en las últimas décadas. Cambios y rupturas en el escenario regional*, (pp. 48-66)

socialismo del siglo XXI y su intento de implementación en varios países de la región.

Sin fuertes ni consolidadas organizaciones políticas antisistémicas, la disputa por un orden diferente se expresaría básicamente en las calles y los barrios. Desde viejas militancias se reorganizan los sectores populares, los más perjudicados por las políticas de los años '90, y toman los espacios públicos (calles, rutas, plazas, etc.) para manifestar su malestar. Junto a estos procesos renovados se mantienen en forma fragmentada la más clásica resistencia obrera pero que sin embargo no logra articularse y configurar así una fuerza que pudiera liderar el ciclo de protestas y movilizaciones. Por un lado la protesta popular se moviliza dentro de los canales de representatividad de la democracia formal; pero a la vez y como se dijo, cuestionan y desplazan gobiernos nominalmente constitucionales. A diferencia de experiencias históricas anteriores, la resistencia de los sectores populares y de militancia no posee una intencionalidad clara y unívoca por la toma del poder y su posterior transformación; por el contrario, se entretienen procesos de protestas por demandas focalizadas que no implican necesariamente un cambio social importante junto a procesos que terminan derivando en cambios institucionales y de políticas de gobierno, pero que igualmente nunca llegarán al cuestionamiento profundo del sistema capitalista tal como se daba en décadas anteriores.

Es decir, que los movimientos sociales de fin de siglo entretienen complejas relaciones y formas de expresar e implementar estrategias de lucha. En este sentido, la protesta se presenta como un organismo legítimo de resistencia, que desafía (en la lucha por el ejercicio del poder hegemónico en algunos casos y solo por reformas parciales en otros) a las instituciones democráticas neoliberales en procesos de descomposición sin que esto implique, como se dijo, asimilarse a los procesos revolucionarios de los años '60 y '70.

Referencias bibliográficas

- ADORNO, Theodor; Horkheimer, Max (2013). *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires, Sur.
- COSER, Lewis (1970). *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Bs As. Ed Amorrortu.
- ESCOBAR DE PAVÓN, Silvia: "Ajuste y liberalización, las causas del conflicto social", en OSAL nº 12, pp. 47-56, 2004;
- FARAH, Ivonne y Luciano VASAPOLLO (2011). *Vivir bien ¿Paradigma no capitalista?* La Paz, Bolivia, CIDES-UMSA – SAPIENZA – OXFAM.
- GALAFASSI, Guido (2002). "La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la Modernidad" en *Contribuciones desde Coatepec*. Enero-junio numero 002, Universidad Autónoma del Estado de Mexico, Toluca. Pp 4-21.
- GAUDICHAUD, Franck (coord.) (2010). *El volcán latinoamericano. Izquierda, movimientos sociales y neoliberalismo al sur del río Bravo*. Buenos Aires, CLACSO.
- HORKHEIMER, Max (1969). *Crítica de la Razón Instrumental*. Buenos Aires, Sur
- KRUSE, Thomas (2005) "La guerra del agua en Cochabamba, Bolivia: terrenos complejos, convergencias nuevas"; en, Enrique de la Garza Toledo (comp.), *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- LANDER, Edgardo: "Venezuela: proceso de cambio, referéndum revocatorio y amenazas territoriales", en OSAL, nº 13, pp. 57-66, 2004
- VILLEGAS QUIROGA, Carlos (2003) "Rebelión popular y los derechos de propiedad de los hidrocarburos", en OSAL nº12, pp. 27-34.